

PQ7297

R.  
A. 16  
V. 3



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156535



## PRIMERA PARTE.

### COLÓN Y LA AMÉRICA.

(VOLTAIRE.)

Los descubrimientos de los Portugueses en el antiguo mundo, es á lo que debemos el nuevo, en el caso de ser una ventaja la conquista de la América, tan funesta para sus habitantes, y algunas veces para los mismos conquistadores.

Este es sin duda el más grande acontecimiento de nuestro globo, cuya mitad habia estado siempre ignorada de la otra. Todo lo que hasta ahora ha parecido grande, desaparece delante de esta nueva creación; todavía pronunciamos con una admiración respetuosa los nombres de los Argonautas que hicieron cien veces menos que los marineros de Gama y de Alburquerque. ¡Cuántos altares se hubieran levantado en la antigüedad á un Griego que hubiera descubierto la América! Cristobal Colón y su hermano Bartolomé no fueron tratados de este modo.

Colón, admirado de las empresas de los Portugueses, concibió que podía hacerse alguna cosa aún más grande; y por un sencillo examen de un mapa de nuestro universo, juzgó que debía haber otro, y que se hallaría remando siempre hacia el Occidente. Su valor fué igual á la fuerza de su entendimiento, y otro tanto mayor cuanto se vió obligado á combatir las preocupaciones de sus contemporáneos, y á sostener la negación de todos los príncipes: Génova, su patria, que lo trató de visionario, perdió la única ocasión que podía presentársele para extender sus dominios: Enrique VII, rey de Inglaterra, más codicioso de dinero que capaz de arriesgarlo en una empresa tan noble, no escuchó al hermano de Colón, y éste fué desatendido en Portugal por Juan II, cuyas miras se dirigían enteramente del lado del Africa: no podía acudir á la Francia, en donde la marina se hallaba siempre descuidada, y los negocios en más

confusión que en ningún otro tiempo, bajo la minoridad de Carlos VIII: el emperador Maximiliano no tenía ni puertos para una flota, ni dinero para equiparla, ni grandeza de espíritu para un proyecto semejante: Venecia hubiera podido encargarse, pero fuese que la aversión de los Genoveses hacia los Venecianos no permitiese á Colón el dirigirse á la rival de su patria, ó fuese que Venecia no veía grandeza sino en su comercio de Alejandría y del Levante, Colón sólo contó con la Corte de España.

Fernando, rey de Aragón, é Isabel, reina de Castilla, reunían toda la España por su casamiento, exceptuando el reino de Granada, que todavía conservaban los Mahometanos, y del que Fernando les despojó poco después. La unión de Isabel y de Fernando preparó la grandeza de la España, y Colón le dió principio; pero no fué sino al cabo de ocho años de pretensiones que la corte de Isabel consintió el beneficio que quería hacerle un ciudadano de Génova. La falta de dinero destruye la mayor parte de los proyectos: la corte de España era pobre, y fué preciso que el prior Perez, y dos negociantes llamados Pinzón, adelantasen diez y siete mil ducados para los gastos del armamento. Colón recibió un despacho de la corte, y partió en fin, del puerto de Palos en Andalucía, con tres pequeños navíos y un vano título de Almirante.

Desde las islas Canarias en donde fondeó, no empleó sino treinta y tres dias en descubrir la primera isla de la América, y durante este corto tránsito tuvo que sufrir más murmuraciones de su tripulación que había experimentado negaciones de los príncipes de Europa. Esta isla, situada cerca de mil leguas de Canarias, fué llamada San Salvador. Inmediatamente descubrió las otras islas Lucayas, Cuba y la Española, llamada actualmente Santo Domingo. (15 Marzo 1493.) Fernando é Isabel quedaron



singularmente sorprendidos al verle volver al cabo de siete meses con los Americanos de la Española, con varias preciosidades del país, y particularmente con el oro que les presentó. El rey y la reina le hicieron sentarse y cubrirse como á un grande de España, y le nombraron gran Almirante y virrey del Nuevo Mundo. Por todas partes estaba mirado como un hombre singular bajado del cielo, y desde entonces todos se interesaron en sus empresas y en embarcarse bajo sus órdenes. Volvió á salir con una flota de diez y siete navíos, y encontró todavía otras nuevas islas, las Antillas y la Jamaica. (1493.) En el primer viaje la duda se cambió en admiración, pero la admiración se cambió en envidia en el segundo.

Era almirante y virrey, y podía añadir á estos títulos el de bienhechor de Fernando y de Isabel, y sin embargo, los jueces puestos en sus navíos para vigilar su conducta, le condujeron á España. El pueblo, luego que supo la llegada de Colón, fué á recibirlo como al genio tutelar de la España; desembarcaron á Colón, y se presentó, pero con grillos y esposas.

Este modo de tratarle era por orden de Fonseca, obispo de Burgos é intendente de los armamentos. Una ingratitud tan grande como habían sido útiles sus servicios, fué vergonzosa para Isabel, que reparó esta afrenta en cuanto le fué posible, pero se detuvo á Colón cuatro años, sea porque se temió que no tomase para él lo que había descubierto, sea porque solamente se tratase de tener tiempo para informarse de su conducta. (1498.) Finalmente, aún se le envió otra vez á su Nuevo Mundo, y fué en este tercer viaje cuando reconoció el continente á diez grados del ecuador, y cuando vió la costa donde se fundó Cartagena.

Cuando Colón había ofrecido un nuevo hemisferio, se había sostenido que este hemisferio no podía existir, y cuando lo hubo descubierto se pretendió que había mucho tiempo que estaba conocido. No hablo aquí de un Martín Behem de Nuremberg, y que dicen que fué desde dicha ciudad al estrecho de Magallanes, en 1460, con una patente de una duquesa de Borgoña, que no reinando en aquel tiempo no podía darlas. No hablo de las pretendidas cartas que se manifiestan de Martín Behem, y de las tradiciones que desacreditan esta fábula; pero finalmente Martín Behem no había poblado la América. Se hacía este honor á los Cartagineses, y se citaba un libro de Aristóteles que él no ha compuesto, y algunos han creído encontrar conformidad entre las palabras caribes y las hebreas, y no han dejado de

seguir una idea tan apreciable: otros han sabido que los hijos de Noe, habiéndose establecido en la Siberia, pasaron desde allí al Canadá sobre los hielos, y que en seguida sus hijos nacidos en el Canadá fueron á poblar el Perú. Los Chinos y Japoneses, según otros, enviaron colonias á América, é hicieron pasar allí jaguares\* para su diversion, sin embargo de que no los hay ni en el Japón ni en la China. Este es el modo como han raciocinado frecuentemente los sabios sobre lo que han inventado los hombres de ingenio. Se pregunta quien ha puesto los hombres en América: ¿no podría responderse que ha sido el mismo que ha hecho crecer allí los árboles y las yerbas?

La respuesta de Colón á los envidiosos es célebre: decían que no había una cosa más fácil que sus descubrimientos, y él les propuso el hacer que un huevo se mantuviese derecho, y no habiendo podido verificarlo ninguno, cortó el extremo del huevo y lo hizo mantenerse de pié. Esto es muy fácil, dijeron los asistentes. Pues ¿por qué no lo habeis hecho? replicó Colón. Este cuento está referido por Brunelleschi, grande artista que reformó la arquitectura en Florencia mucho tiempo antes de que Colón existiese. La mayor parte de las agudezas son repetidas.

Las cenizas de Colón ya no se interesan en la gloria que tuvo durante su vida de haber doblado para nosotros las obras de la creación; pero los hombres aprecian el hacer justicia á los muertos, sea porque se lisonjean de la esperanza vana de que se hará más fácilmente á los vivos, sea porque naturalmente gustan de la verdad. Américo Vespucio, negociante florentino, gozó de la gloria de dar su nombre á la nueva mitad del globo, en el que no poseía una pulgada de terreno, y pretendió ser el primero que había descubierto el continente; pero aun cuando fuese cierto que hubiese hecho este descubrimiento, la gloria no le pertenecería, porque sería incontestablemente de aquél que tuvo el talento y el valor de emprender el primer viaje. La gloria, como dijo Newton, en su disputa con Leibnitz, no se debe sino al inventor, y los que vienen después no son sino discípulos. Colón ya había hecho tres viajes en clase de almirante y de virrey, cinco años antes que Américo Vespucio hiciese uno como geógrafo, bajo las ordenes del admirante Ojeda; pero habiendo escrito á sus amigos de Florencia de que él había descubierto el Nuevo Mundo, se le creyó bajo su palabra, y los ciudadanos de Florencia ordenaron que todos los

\* Es el mayor de los animales feroces del Nuevo Mundo: es el león ó el tigre de la América, pero ni en la magnitud ni en la fuerza se parece á los leones y á los tigres del antiguo mundo.

años, en la fiesta de Todos los Santos, se hiciese durante tres días una iluminación solemne delante de su casa. Este hombre no merecía seguramente ningún honor por haberse encontrado, en 1498, en una escuadra que recorrió las costas del Brasil, cuando Colón, cinco años antes, había enseñado el camino á todo el mundo.

Hace poco que se ha publicado en Florencia una vida de Américo Vespucio, en la cual no parece que se ha respetado la verdad, ni que se ha escrito razonablemente, y se desapueba en ella el que varios autores franceses hayan hecho justicia á Colón. No es de los Franceses de quienes debe tenerse esta queja y sí de los Españoles que fueron los primeros que hicieron esta justicia. El autor de la vida de Vespucio dice que quiere "confundir la vanidad de la nación francesa, que siempre se ha opuesto con impunidad á la gloria y á la fortuna de la Italia." ¿Qué vanidad existe en decir que fué un Genovés quien descubrió la América? ¿Qué injuria se hace á la gloria de la Italia en confesar que fué un Italiano nacido en Génova á quien se debe el Nuevo Mundo? Manifiesto expresamente esta falta de equidad, de cortesanía y de buen sentido de que existen demasiados ejemplos, y debo decir que los buenos escritores franceses son los que menos han caído en este defecto intolerable, y una de las razones porque están leídos en toda la Europa, es porque hacen justicia á todas las naciones.

Los habitantes de las islas y del continente de América eran una nueva especie de hombres que parecían no tener barbas; quedaron tan admirados de los rostros de los Españoles como de los navíos y de la artillería: al principio miraban á estos nuevos huéspedes como monstruos ó como dioses que venían del cielo ó del Océano, y entonces supimos, por medio de los viajes de los Portugueses, la poca extensión de nuestra Europa y la variedad que reina sobre la tierra. Se había visto que en el Indostán se hallaban castas de hombres pajizos, y que los negros, distinguidos también en varias especies, se encontraban en Africa y en Asia bastante lejos del ecuador; y despues que se hubo atravesado la América hasta bajo la línea, se vió que la raza es allí bastante blanca. Los naturales del Brasil son de color de bronce: los Chinos parecen tambien una especie enteramente diferente por la conformación de su nariz, de sus ojos y de sus orejas, por su color, y puede ser también por su genio; pero lo más notable es que, á cualquiera región á donde están trasportadas estas castas no experimentan ningún cambio, cuando no se mezclan con los naturales del país. La membrana

mucosa de los negros, reconocida negra, y que es la causa de su color, es una prueba manifiesta de que existe en todas las especies de hombres, lo mismo que en las plantas, un principio que las diferencia.

La naturaleza ha subordinado á este principio los diferentes grados de genio y de carácter de las naciones y muy raramente se ven cambiar. Por esto los negros son esclavos de los otros hombres; se les compra en las costas del Africa lo mismo que bestias, y las multitudes de estos negros trasplantados en nuestras colonias de América sirven á un corto número de Europeos. La experiencia ha hecho ver también la superioridad que tienen éstos sobre los Americanos que, fácilmente vendidos por todas partes, nunca se han atrevido á emprender una revolución, sin embargo de ser mil contra uno.

La parte de la América es también notable por los animales y los vegetales que no se encuentran en las otras tres partes del mundo; y por la necesidad de lo que nosotros tenemos. Los caballos, el trigo de todas especies y el hierro, eran las principales producciones que faltaban en México y en el Perú. Entre los géneros ignorados en el antiguo mundo, la cochinilla fué uno de los primeros y de los más preciosos que nos trajeron de allí; é hizo olvidar el grano de escarlata que servía desde tiempo inmemorial para los hermosos tintes rojos.

Al trasporte de la cochinilla se unió muy luego el del añil, el cacao, la vainilla y las maderas que sirven para los muebles, ó que forman una parte de las medicinas; y en fin, la quina, único específico para las fiebres intermitentes, colocada por la naturaleza en las montañas del Perú, mientras que ella misma ha puesto las calenturas en el resto del mundo. Este nuevo continente posee tambien perlas, piedras de color y diamantes.

Es constante que la América provee en el día hasta á los más inferiores ciudadanos de Europa, comodidades y placeres. Las minas de oro y de plata no han sido útiles al principio sino á los reyes de España y á los negociantes: el resto del mundo quedó empobrecido, porque el mayor número, que no hace absolutamente ningún comercio, se encontró al principio en posesión de pocas especies, en comparación de las sumas inmensas que entraban en los tesoros de aquellos que se aprovecharon de los primeros descubrimientos; pero poco á poco esta afluencia de plata y oro con que la América ha inundado la Europa, ha pasado á mayor número de manos y se ha distribuido con más igualdad. El precio de los géneros ha subido en toda la Europa poco más ó menos en la misma proporción.



Para comprender, por ejemplo, como han pasado los tesoros de América de las manos de los Españoles á las de las otras naciones, bastará el considerar dos cosas; el uso que hicieron de su dinero Carlos V y Felipe II, y el modo como los otros pueblos entraron á la parte en las minas del Perú.

Carlos V, emperador de Alemania, siempre en viaje y siempre en guerra, hizo necesariamente pasar á Alemania y á Italia muchas especies recibidas de México y del Perú; y cuando envió á su hijo Felipe II á Londres para casarse con la reina María y tomar el título de rey de Inglaterra, este príncipe envió á la torre veintisiete grandes cajas de plata en barras y la carga de cien caballos en plata y oro acuñados. Los alborotos de Flandes y las intrigas de la liga de Francia costaron al mismo Felipe II, según su propia confesión, más de tres mil millones de libras de nuestra moneda actual.

En cuanto al modo como el oro y la plata del Perú se reparten entre todos los pueblos de la Europa, y una parte va también á las grandes Indias, esto es una cosa conocida, pero admirable. Una ley se vera, establecida por Fernando é Isabel, confirmada por Carlos V y por todos los reyes de España, priva á las otras naciones, no solamente la entrada en los puertos de la América española, sino hasta la parte más indirecta en este comercio. Parece que esta ley debió dar á la España un medio de subyugar la Europa; y sin embargo la España no subsiste sino por la violación perpetua de esta misma ley. Apenas puede procurar cuatro millones en géneros que se trasportan á América, y el resto de la Europa proporciona frecuentemente el valor de cincuenta millones en mercaderías. Este prodigioso comercio de las naciones amigas ó enemigas de la España, se hace bajo el nombre de los Españoles, siempre fieles en sus tratos, y siempre engañando al rey que tiene una indispensable necesidad de ser engañado. Los comerciantes españoles no entregan ningún reconocimiento á los comerciantes extranjeros; siendo la buena fé, sin la cual no existiría el comercio, en la que está únicamente fundada la seguridad.

El modo como se entregó á los extranjeros durante mucho tiempo el oro y la plata que trasportaban los galeones, aún fué más singular. El Español que estaba en Cádiz, como factor del extranjero, confiaba las barras recibidas á los valientes que se llamaban *Metedores*: éstos, armados con pistolas y con espadas, iban á la muralla á llevar las barras numeradas, desde allí las arrojaban á otros de su misma clase que las llevaban á las lanchas á que estaban destinadas, y puestas en ellas pasaban á los navíos

que estaban en la bahía. Los contrabandistas, los factores, los comisionados y las guardias, que nunca impedían semejantes operaciones, todos tenían sus derechos, y el negociante extranjero jamás estaba engañado. El rey, después de haber recibido su indulto ó derecho particular sobre los tesoros á la llegada de los galeones, hacía también su ganancia. Hablando propiamente no había más que la ley que fuese engañada, ley que no es útil sino cuando se contraviene, y que no obstante no se halla abolida, porque las antiguas preocupaciones son siempre lo que hay de más fuerte entre los hombres.

El mayor ejemplo de la violación de esta ley y de la fidelidad de los Españoles, se manifestó en 1684. La guerra se hallaba declarada entre la Francia y la España. El rey católico quiso apoderarse de los efectos de los Franceses, y se emplearon inútilmente los edictos y los monitorios, las pesquisas y las excomuniones; ningún comisionado Español hizo traición á su corresponsal francés, y esta fidelidad tan honrosa para la nación española probó muy bien que los hombres no obedecen con gusto las leyes que no están dictadas en beneficio de la sociedad; y que las que sólo son hijas de la voluntad del soberano encuentran siempre los corazones rebeldes.

Si el descubrimiento de la América hizo al principio mucho bien á los Españoles, también causó muy grandes males. Uno de ellos ha sido la despoblación de la España á causa del número de sus colonias, y el otro el infestar al universo con una enfermedad que no estaba conocida sino en algunos parajes de aquel otro mundo, y particularmente en la isla española. Varios compañeros de Cristóbal Colón volvieron atacados de ella y trajeron á Europa este contagio. Es cierto que este veneno que emponzoña el principio de la vida era natural de la América, del mismo modo que la peste y las viruelas son enfermedades originarias de la Arabia meridional. No debe creerse tampoco que la carne humana con que se mantenían algunos salvajes americanos ha sido el origen de esta corrupción, pues no había antropófagos en la isla Española, en donde este mal estaba inveterado: tampoco es la consecuencia del exceso de los placeres, que nunca la naturaleza ha castigado de este modo en el antiguo mundo; y en el día, después de un momento pasado y olvidado durante algunos años, la más casta unión puede verse atacada del más vergonzoso de los azotes que afligen al género humano.

Para ver ahora como esta mitad del globo vino á ser la presa de los príncipes cristianos, es necesario

seguir primeramente á los Españoles en sus descubrimientos y en sus conquistas.

El gran Colón, después de haber construído algunas habitaciones en las islas, y reconocido el continente, había vuelto á España, en donde gozaba de una gloria que no estaba manchada con rapiñas y con crueldades: murió en 1506 en Valladolid; pero los gobernadores de Cuba y de la Española que le sucedieron, persuadidos de que estas provincias producían el oro, quisieron tenerlo á precio de la sangre de los habitantes: en fin, sea que ellos creyesen que el odio de aquellos insulares era implacable, ó que temiesen su grande número; ó fuese que el furor de la carnicería una vez empezado ya no conoce límites, despoblaron en pocos años la isla Española que contenía tres millones de habitantes, y la de Cuba que tenía más de seiscientos mil. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, testigo de estas destrucciones, refiere que se iba á la caza de hombres con perros; y estos desgraciados salvajes, casi desnudos y sin armas, estaban perseguidos lo mismo que los gamos en lo profundo de los bosques, devorados por los perros de presa, y muertos á escopetazos, ó bien sorprendidos y quemados en sus habitaciones.

Este testigo ocular declara á la posteridad que muy á menudo se hacía intimidar á estos desgraciados por un dominico ó por un franciscano, que se sometiesen á la religión cristiana y al rey de España, y que después de esta formalidad, que era una nueva injusticia, se les degollaba sin remordimientos. Yo juzgo que la relación de las Casas está exagerada en varios puntos, pero aun suponiendo que haya dicho diez veces más de lo que sucedió, queda todavía lo suficiente para horrorizarse.

También es muy sorprendente que la extinción total de una casta de hombres en la Española, haya sucedido bajo la vista del gobierno y de algunos religiosos de San Gerónimo; porque el cardenal Jiménez, dueño de Castilla, antes de Carlos V, había enviado cuatro monjes de dicha orden en calidad de presidentes del consejo real de la isla: sin duda no pudieron resistir al torrente; y el odio de los naturales del país, hecho con razón implacable, causó su pérdida desgraciadamente necesaria.

### CRISTOBAL COLON.

Dos hombres han cambiado la existencia  
De este mundo en los siglos peregrino;  
El labio de Jesús le dió otra esencia,  
Y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma  
A inspiraciones de su amor profundo:  
Uno del alma iluminando el prisma,  
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Angel, genio mortal, que no has logrado  
Llevar tu nombre al mundo de tu gloria;  
Que ni ves en su suelo levantado  
Un pobre monumento á tu memoria.

¡Ah! ¡Bendita la pila de tu frente  
Se mojará en el agua del bautismo,  
Y el ala de tu genio amanece  
Se trocara en la unción del cristianismo!

Angel, genio, mortal, yo te saludo  
Desde el seno de América, mi madre;  
De esta tierna beldad que el mar no pudo  
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano  
Radiante con sus gracias virginales,  
Empinado en las ondas del Océano  
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Después de Cristo, en el terráqueo asiento,  
Siglo, generación, ni raza alguna  
Ha conmovido tanto su cimiento,  
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

A tu grandeza un siglo era pequeño;  
Y en los futuros siglos difundida,  
Es el eterno tiempo el solo dueño  
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú como Dios al derramar fulgentes  
Los mundos todos en la obscura nada;  
AL MAS ALLÁ de las futuras gentes  
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,  
La tierra se columpia, y paso á paso,  
Su destino la América trastorna,  
Y muda el sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón; la hermosa perla  
Que sacaste del fondo de un Océano,  
Al través de los siglos puedes verla  
Sobre la frente del destino humano.

Al angel del futuro rompió el lazo  
Que las columnas de Hércules ataba,  
Y saludó en la sien del Chimborazo  
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente  
El rudo potro del sangriento Atila;  
Pero ¡ay! el tiempo en su veloz corriente  
Mina el cimiento donde ya vacila.

El destino del mundo está dormido  
Al pié del Ande sin soñar su suerte:  
Falta una voz bendita que á su oído  
Hable mágico acento y le despierte.



Un hombre que á esta tímida belleza  
Le quite al azahar de sus cabellos  
Y ponga una diadema en su cabeza  
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,  
Si no hay COLOMBIA en tu brillante historia,  
¿Qué importa? ¡eh! tu nombre es el Océano  
Y el Andes la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas  
Donde se pierde la polar estrella,  
Sin divisar en las llanuras solas  
Tu navío, tus ojos y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí, do misterioso  
El imantado acero se desvía;  
Y un rayo de tu genio poderoso  
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria,  
No verá en sus montañas colosales,  
Monumentos de honor á tu memoria,  
Como tú grandes, como tú inmortales?

¡Salve, Genio feliz! mi mente humana  
Ante tu idea de ángel se arrodilla,  
Y de mi labio la expresión mundana  
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo tus alas todavía  
Plegadas ten en los etéreos velos,  
De donde miras descender el día  
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera  
Los ámbitos de América divisa;  
Y, como Dios al contemplar la esfera,  
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacara  
De los pilares de Hércules tu mano,  
Te mostrará, Colón, tu virgen cara,  
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria  
A respirar la eternidad de tu alma,  
Mientras queda en el mundo á tu memoria  
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

JOSE MARMOL.  
(Sud-Americano.)

## INFLUJO QUE LA MUJER

EJERCIO  
EN EL DESTINO DE COLON.

(J. M. ROA BARCENA.)

Entusiasta Colón por todo lo bello, no podía permanecer insensible á los encantos de la más dulce mitad del género humano, y si los escritores anti-

guos nos suministran muy escasos pormenores relativos á los incidentes de su vida doméstica, ellos, sin embargo, son bastantes á hacernos conocer cómo la Providencia se valió de los más nobles afectos no menos que de algunas debilidades del marino para la realización de sus altos fines. El bello sexo puede vanagloriarse de haber tenido considerable parte en el descubrimiento de la América.

Desde que llegó Colón á Lisboa en 1470 acostumbraba concurrir á la ceremonia de la Misa en la Capilla de todos los Santos. Allí veía casi diariamente á una dama de singular mérito, llamada Doña Felipa Muñiz de Palestrello, hija de un caballero italiano altamente distinguido entre los navegantes del tiempo del Príncipe Enrique, y que había colonizado la isla de Puerto Santo y sido Gobernador de ella. El noble porte del genovés impresionó favorablemente á la joven, y ámbos se amaron á pocos días de un modo vehemente. Debía haber mucho de religioso y puro en aquel amor nacido bajo las bóvedas del templo: la joven era hija de un marino que lo mismo que Colón, tuvo al Océano por confidente de sus aspiraciones de riqueza y de gloria.

Colón llevó á su amada ante el altar, y si ella no trajo dote alguno al marino, dióle pocos meses después una prenda inestimable de su cariño en su hijo Diego, aquel niño para quien algunos años más tarde Colón pedía pan y agua en el Convento de la Rábida. El padre de la esposa de Colón, según más arriba hemos indicado, fué uno de los navegantes que más se distinguieron por sus viajes y por sus investigaciones: poseía mapas y otros documentos curiosísimos que ahora la madre de Doña Felipa, conociendo la pasión del genovés por la navegación y los descubrimientos, puso en sus manos á los pocos días de efectuado el matrimonio de su hija. «Por ellos,—dice Irving—conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas; y habiéndose naturalizado en Portugal, á causa de su casamiento y residencia, iba á veces á las expediciones de la costa de Guinea. Ya se puede suponer cuánto los mapas, los diarios de navegación y demás apuntes del caballero italiano, cuya existencia no sospechaba Colón, y que sólo en virtud de su matrimonio vinieron á su poder, ensancharían el horizonte de sus proyectos y le subministrarían nuevas pruebas en favor de la posibilidad de realizar sus planes, y nuevos medios de ponerlos en ejecución. Pero nuestro marino no pudo dar una suerte brillante á la dama que tan directamente contribuía á establecer los cimientos de su grandeza futura: apenas subvenía á las necesidades de su familia dibujando car-

tas geográficas que vendía en seguida, reservando una pequeña parte de su producto para socorrer á su anciano padre que vivía en Génova, y para costear la educación de sus hermanos menores.» Aquella noble y hermosa flor lusitana se inclinó hacia el sepulcro antes de que pudiera presentir los días de gloria que aguardaban á Colón.

Respecto de Doña Beatriz Enriquez, sólo sabemos que esta dama, perteneciendo á una de las más nobles familias castellanas, vivía en Córdoba durante la residencia de Colón en España, y que el marino se había apasionado violentamente de ella. No haríamos mención de estas relaciones que nunca legitimó el matrimonio, acaso por la distancia inmensa que mediaba entre la ilustre dama y el aventurero obscuro y visionario, si no fuera porque ellas dieron el ser á Fernando, segundo hijo de Colón, y más tarde uno de sus historiadores.

España debe acaso á Doña Beatriz Enriquez la gloria de haber descubierto y conquistado las regiones occidentales. Colón debe tal vez á la misma dama la gloria de haber sido el descubridor de estas regiones. La guerra que Fernando é Isabel sostenían para lanzar de la Península Ibérica á los moros, no menos que la indiferencia y el desprecio de algunos sabios y las investigaciones de Fray Fernando de Talavera, tipo exacto de las almas frías y vulgares, incapaces de coadyuvar á la realización de miras nobles y generosas, hacían que las proposiciones de Colón fuesen desatendidas y herido á cada paso el amor propio del ilustre navegante.

Con frecuencia trató éste de abandonar á España é ir á rogar con la gloria y riqueza futuras á las cortes de Francia é Inglaterra: pero le retenía su pasión por Doña Beatriz, al grado de seguir sufriendo humillaciones y desaires.

Al frente de todas aquellas damas que profesaron una adhesión sincera al marino y en quienes ejercía éste todo el poder de su ascendiente, debieramos enumerar á Isabel la católica. El espíritu magnánimo de esta Reina logró ponerse á la altura de los proyectos de Colón.

Oigamos á Irving cuando describe la audiencia dada por la Reina á Santángel y Quintanilla, quienes abogaban porque las proposiciones de Colón fuesen admitidas, estando ya nuestro marino definitivamente resuelto á ausentarse de España.

«Todavía hubo un momento de duda. El Rey miraba con frialdad aquella negociación y el Tesoro Real estaba absolutamente agotado por la guerra. Se necesitaba tiempo para llenarlo. ¿Cómo podría la Reina girar sobre una caja vacía para medidas á

que su esposo se manifestaba tan adverso? Santángel observaba esta suspensión con trémula ansiedad; pero no le duró más que un momento. Con entusiasmo digno de ella misma y de la causa que patrocinaba, exclamó Isabel: «Yo entro en la empresa por mi corona de Castilla y empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios.» Este fué el más noble momento de la vida de Isabel; por él durará siempre su nombre como patrona del Descubrimiento del Nuevo mundo.»

Colón logra, al fin, explicar sus planes á la Reina, y la dulce y benévola acogida de ésta pagó con usura tantos años de decepciones y de abatimientos, haciendo olvidar al marino los insultos de la plebe, que le acometía en las calles llamándole «el loco.»

Finalmente, la historia nos ha conservado el nombre de la marquesa de Moya, dama de la Reina, y que abogó siempre por la causa de Colón ante el ánimo esforzado de Isabel. Cuando hemos visto el cuadro que representa Colón ante los Reyes Católicos, pintado por el bien aventajado artista Cordero, y que existe en la Academia de Nobles Artes de esta Capital, hemos creído que la marquesa de Moya podía estar representada en una de aquellas camaristas, más hermosa y simpática que las demás, y que se clava su mirada dulce y tierna en el atrevido marinero, mientras éste refiere modestamente sus luchas con el Océano y el resultado glorioso de sus investigaciones.

Colón pagó con su admiración su respeto y un agradecimiento eterno y sin límites á las ilustres mujeres que le comprendieron y admiraron; pagó con su amor á las que supieron amarle, pero mientras este amor concluye, acaso, toda la historia de la bella y pura lusitana y de la altiva al par que sensible cordobesa, no fué más que un rápido episodio de la vida de Colón. No podía el marino entregarse exclusivamente á esta clase de afectos; tenía sus ojos fijos en el horizonte: sentíase llamado á desempeñar una misión providencial.

## LA ESTATUA DE COLON,

No era un hombre, era un Dios el que á despecho  
De las tinieblas del error profundo,  
Juego y escarnio de los hombres hecho,  
Y armado de una idea contra un mundo,  
Dijo á ese mundo, altivo y satisfecho:  
«Yo, solo yo, vuestro saber confundo;  
Yo en mi pobre locura os desafío  
Con otro mundo inmenso, y nuevo, y mio!»